

A propósito de las revueltas de los barrios periféricos en Francia

Samir Amin*
y Rémy Herrera**

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la red CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca> - biblioteca@clacso.edu.ar

* *Presidente
del Foro del Tercer Mundo
y del Foro Mundial
de las Alternativas*

** *Investigador
del CNRS
y profesor
de la Universidad
de París I
Panthéon-Sorbonne.*

*Traducción:
Miguel Ángel Djanikian*

*Revisión técnica:
Emilio Taddei*

Mucho se ha escrito, tanto en Francia como en el extranjero, sobre los acontecimientos que los medios bautizaron como la "insurrección de los barrios periféricos" o la "guerrilla urbana" y que se desarrollaron en este país entre fines de octubre (luego de la muerte en condiciones dudosas de dos jóvenes perseguidos por la policía en Clichy-sous-Bois) y fines de noviembre (luego de la decisión del gobierno Chirac-Villepin-Sarkozy de prolongar el estado de urgencia por tres meses). En general, la mayoría de lo dicho sobre este proceso ha tendido a deformarlo parcial o totalmente, incluso llegando al absurdo de que diferentes embajadas de países extranjeros difundieron consignas de seguridad alertando a sus ciudadanos residentes en territorio francés. La realidad es que Francia no está en llamas. Las revueltas no tuvieron lugar más que en las cercanías o en los complejos habitacionales mismos de los barrios más pobres del país, donde viven encerradas en torres y edificios de cemento muchas familias de las capas populares, adonde raramente acuden

los turistas y los hombres de negocios. Los jóvenes que se rebelaron contra el orden establecido tuvieron por objeto los bienes materiales –incendiando miles de automóviles, centros comerciales, comisarías, bancos– pero no a las personas –a excepción de las fuerzas del orden.

Esta contribución no pretende justificar estos actos de violencia gratuita, sobre todo cuando se sabe que en muchos casos se trata de bienes públicos (escuelas, transporte público, etc.), sino comprender las razones de la revuelta. Pues sin aceptar las formas que tomó, muchos franceses entienden esta explosión y, para decirlo francamente, la esperaban como absolutamente inevitable. La sociedad capitalista, que es la nuestra, no tiene nada que ofrecer a estos jóvenes: ni condiciones de vivienda satisfactorias, ni una formación que resulte en una salida laboral estable, ni esperanzas de promoción social, ni reconocimiento, ni escucha. La relación más tangible que mantienen con el Estado (capitalista) consiste en los controles policiales, a veces brutales, siempre intimidatorios y humillantes, ligados a la portación de rostro.

Muchos observadores se indignaron de manera legítima contra la represión, pero expresaron su repudio concentrando las críticas sobre el ministro del Interior (Nicolás Sarkozy), quien está en campaña para la elección presidencial de 2007. La mera renuncia de este no hubiera solucionado evidentemente los graves y acuciantes problemas que se viven en los barrios periféricos. Las provocaciones de Sarkozy, quien pretende “limpiar con la *Kärcher*”¹ a la “escoria” que “contamina” los complejos habitacionales populares, fueron recibidas como insultos por los habitantes de estos barrios. Sin duda lo fueron y expresaron una manifestación de odio contra los pobres. Las clases populares que sufren y resisten la ofensiva destructora del neoliberalismo sintieron colectivamente que estaban en la mira del poder político. La mayoría de los análisis sobre estas revueltas enfatizaron las cuestiones raciales y religiosas; pero esto significa olvidarse de que las mismas expresan fundamentalmente un problema de

“La sociedad capitalista, que es la nuestra, no tiene nada que ofrecer a estos jóvenes: ni condiciones de vivienda satisfactorias, ni una formación que resulte en una salida laboral estable, ni esperanzas de promoción social, ni reconocimiento, ni escucha. La relación más tangible que mantienen con el Estado (capitalista) consiste en los controles policiales, a veces brutales, siempre intimidatorios y humillantes, ligados a la portación de rostro”

clase. Se trata de una rebelión de jóvenes pertenecientes a los sectores urbanos precarizados que están aprendiendo lo que es la lucha de clases bajo los golpes que les propinan los aparatos represivos del Estado: restauración de hecho de la doble pena (prisión + expulsión del territorio francés), justicia expeditiva, juicio con comparecencia inmediata durante la noche misma del arresto y condena con penas desproporcionadas (un año de prisión por haber incendiado depósitos de basura, expulsión de quienes fueron interpellados durante la revuelta aunque tuvieran los documentos de residencia en regla).

La represión que se abatió sobre estos jóvenes es una represión de clase dirigida contra los pobres sin distinción de nacionalidad, contra este subproletariado que vive en los complejos habitacionales. Que muchos de ellos sean de origen extranjero (particularmente de África del Norte y sub-sahariana) no modifica el hecho de que el denominador común que comparten estos rebeldes –sean franceses de origen, hijos de inmigrantes o extranjeros– es la pobreza. Y ello se traduce geográficamente en un modelo urbano que los relega a las zonas urbanas desfavorecidas.

Colonialismo, neoliberalismo y segregación social

Esta represión de clase agravada por el odio de raza de las élites francesas –autistas y atiborradas de riqueza– que agobia hoy a los jóvenes rebeldes de los complejos habitacionales populares se explica, entre otras cosas, por un hecho que a menudo se oculta. Hasta en la confusión de los enfrentamientos, las luchas de estos jóvenes –que también forman parte del pueblo francés y en su amplia mayoría son “gente como todo el mundo”– son portadoras de una alternativa a la sociedad actual. Esta alternativa no está teorizada, ni conceptualizada, y a menudo ni siquiera explicitada, pero es practicada o se encuentra en proceso en la dura realidad de los complejos habitacionales populares, en el calvario de la vida cotidiana –fracaso escolar, discriminaciones, desempleo, viviendas ruidosas y deterioradas, mal dotadas de transporte público demasiado caro, de escasa infraestructura social y cultural. La alternativa de la cual son portadores estos jóvenes de los barrios populares es la antítesis del proyecto anti-social de la burguesía francesa y de las élites europeas, simetría invertida del apartheid urbano-racial-social promovido por la extrema derecha de Jean Marie Le Pen², odiosa, xenófoba y reaccionaria. Esta alternativa se encuentra exactamente en una relación de oposición al apartheid mundial perseguido por Bush desde Estados Unidos. Lo paradójico –que da cuenta en parte de la dificultad para comprender el sentido de estas revueltas– resulta que si bien estos jóvenes están alienados y son totalmente permeables al *modo de vida* consumista estadounidense (vestimenta, comida, juegos, *argot*, referencias culturales, etc.) también rechazan –por el anti-racismo en acto existente en los complejos habitacionales populares– las modalidades de existencia de Estados Unidos, o sea, la violencia de un sistema de segre-



© Miguel Ángel Djanikian

gación al interior y de guerra al exterior. Aquí no se trata ya de la violencia de grupos de jóvenes que incendian automóviles, sino de la que promueve el primer Estado terrorista del mundo en lucha contra los pobres. Y en este sentido, si bien la mayor parte de estos jóvenes rebeldes no están politizados, su acción es política.

Frente a ello, la alternativa que se construye hoy en los complejos habitacionales populares de la periferia y por la cual luchan estos jóvenes —con sus padres, amigos y vecinos— es la de una Francia mestiza, multicolor, cosmopolita, abierta al mundo (especialmente al Sur y al Tercer Mundo), fuerte y orgullosa de sus diferencias. Una Francia que no olvida que su Revolución eligió en 1789 a un alemán como diputado (Anacharsis Cloots), que la Comuna de París tuvo en 1871 representantes polacos (Wroblewski, Dombrowski) y, sobre todo, que millones de extranjeros dieron su vida para defenderla. Lo que estos jóvenes nos recuerdan, hasta en el furor de estos acontecimientos, es que Francia es mestiza, que Marianne es de piel morena. Hay una cuestión que resulta evidente: muchos jóvenes y no tan jóvenes de las clases populares y amplias fracciones del pueblo, incluidas las clases medias, ya optaron hace mucho tiempo. Eligieron concientemente, con coraje y más allá de las dificultades que enfrenta este proyecto antirracista en los barrios pobres —campos de batalla donde se desarrolla el combate decisivo contra el racismo—, vivir y construir juntos en el respeto y la tolerancia del otro. La gran mayoría de los jóvenes que se rebelaron

son franceses y no tienen ninguna necesidad de ser "integrados" (por otra parte, ¿integrados a qué?). Exigen ser aceptados y reconocidos por lo que son y por lo que hacen: son franceses como los otros, construyen la Francia del futuro, una sociedad de aceptación del otro, de mestizaje, de confraternización de razas y nacionalidades.

Estamos lejos del cliché de una Francia racista, en vías de fascistización bajo el efecto de las tesis de Le Pen. Heredero de la Francia de la vergüenza, de Vichy a la OAS³, de la Francia de esta Europa "indefendible" como decía Aimé Césaire⁴, a inicios de los años ochenta el Frente Nacional volvió a echar raíces de la mano de un François Mitterand deseoso por debilitar la influencia del Partido Comunista. El Frente Nacional creció en el nauseabundo lodo de la historia de la burguesía francesa, el de la esclavitud, la colonización, la colaboración con el nazismo, el imperialismo. Le Pen pudo lo que el neoliberalismo había empobrecido. Y las victorias electorales logradas contra él en 2002 a las que contribuyeron esta aguerrida juventud de los complejos habitacionales populares, que en mayo de 2005 también supo movilizarse y decir "no" al referéndum sobre la Constitución europea, son decisivas para la defensa de los valores de la República, de lo que 1789 tenía de universal.

El peso político del Frente Nacional no se debe a un supuesto racismo del pueblo de Francia, sino más bien a la reacción de las fracciones extremistas de la burguesía nacional frente a la opción anti-apartheid adoptada y ya practicada por los jóvenes de los barrios populares. Queda mucho camino por recorrer antes de que nuestras élites acepten abrir el debate sobre el sufrimiento inflingido en el pasado al pueblo de Francia y a los pueblos del mundo: de la esclavitud a las guerras coloniales, del *petanismo* a los apoyos de las dictaduras neo-fascistas en el Sur. También falta recorrer camino para que se abra el debate sobre lo que nuestras burguesías, dirigentes de transnacionales y altos responsables del Estado, hacen hoy a Francia y al mundo relegando a la desocupación y a la pobreza a vastas franjas sociales del pueblo y promoviendo el saqueo imperialista del Sur. Son estos jóvenes de los barrios los que enfrentan a Le Pen y a sus sustitutos de la derecha "moderada", a través de la cual el líder fascista gobierna por "procuración". Y son estos complejos habitacionales populares los que más sufren los desastres sociales causados por la política neoliberal impuesta al pueblo francés desde inicios de los años ochenta, por medio de la alternancia sin alternativa entre la derecha tradicional y el Partido Socialista.

Frente a estos cuestionamientos se señala que Francia cuenta con un gobierno democrático porque su presidente fue elegido por el pueblo e incluso con el 82% de los votos. Sin embargo hoy el 70% de los franceses dice no tener confianza en él. Ellos votaron contra Le Pen, y Chirac se benefició de esto para hacer un poco más de lo mismo. No se trata de minimizar aquí la importancia del voto. Pero si para la mayoría de los franceses la democracia consiste en hacer fila un domingo por año (en silencio) para votar,

asentir con la cabeza frente al llamado del propio nombre (en silencio), poner un sobre en la urna (en silencio), y volverse a su casa (en silencio), todo esto sin que nada cambie, es preciso reconocer que se trata de una concepción de la democracia muy limitada. Cuando una minoría impone una política antisocial a la mayoría, esto no es democracia. La cohabitación de la vieja derecha (tradicional) y de la nueva derecha (PS) –tan neoliberal y atlantista la una como la otra– no puede considerarse democracia. Es “un poder fuera del pueblo, sin el pueblo, contra el pueblo”, el capitalismo moderno, neoliberal, el poder de las finanzas, es decir, una “democracia de accionistas”. El pueblo gana, pero ¿se escucha su voz? Los que fueron vencidos democráticamente, ¿se quedan todos democráticamente? ¿Cómo podrían los jóvenes de las clases populares creer en esta ilusión de democracia, ellos que no son tenidos en cuenta ni escuchados por nadie y que no pueden contar más que con ellos mismos?

A partir del 8 de noviembre de 2005 se decretó el estado de emergencia en las “zonas sensibles”: un régimen de excepción que “en caso de peligro inminente resultado de ataques graves al orden público” exime a las autoridades administrativas (los intendentes) del principio de legalidad que rige ordinariamente su acción, y que extiende sus poderes para promulgar prohibiciones de circulación, encierros domiciliarios a personas cuya actividad puede resultar peligrosa para el orden público (sin “creación de campos donde estarían detenidas las personas”), cierre de salas de espectáculos y de ventas de bebidas, prohibiciones de reuniones que provocan o mantienen el desorden, investigaciones policiales que rozan la violación del domicilio de día y de noche, controles a la prensa, las publicaciones, los radios y el cine, incautaciones preventivas realizadas por tribunales militares del crimen y delitos sobre el derecho común, etc. Es decir, una ley represiva, a la cual los “demócratas” que gobiernan recurrieron contra los argelinos (1955) y los canacos de Nueva Caledonia (1985); aunque nunca había sido aplicada en la metrópoli, ni siquiera en 1968. Intendentes de derecha habían

“Queda mucho camino por recorrer antes de que nuestras élites acepten abrir el debate sobre el sufrimiento infligido en el pasado al pueblo de Francia y a los pueblos del mundo: de la esclavitud a las guerras coloniales, del petanismo a los apoyos de las dictaduras neo-fascistas en el Sur”

declarado el “alto el fuego” en sus municipios una vez llegada la noche, o en la víspera (como en Raincy por parte de Eric Rault, ex ministro de la Unión por la Mayoría Plural). A excepción de algunos representantes socialistas que se declararon profundamente satisfechos por las medidas tomadas por el gobierno, la izquierda en su conjunto condenó la escalada represiva (Partido Comunista, Liga Comunista Revolucionaria, Verdes, Federación Sindical Unitaria, MRAP, Liga de los Derechos del Hombre, Sindicato de la Magistratura, Comité de los Sin Techo, Asociación de los Trabajadores Magrebí de Francia, Centro de Estudios y de Iniciativas de Solidaridad Internacional, etcétera).

Por el contrario, las reacciones del Partido Socialista fueron cuanto menos medidas: el secretario general de dicho partido, François Hollande, declaró que “la aplicación de la ley de 1955 debía ser limitada en el tiempo y el espacio” y que su prórroga era un “mal símbolo”. En noviembre de 2001, su esposa, Ségolène Royal, entonces ministra delegada de Familia e Infancia del gobierno de Lionel Jospin, ofuscada por la validación que hizo el Consejo de Estado de un decreto municipal de toque de queda, había dicho: “la palabra toque de queda es inadmisibile... guerrera”. Por otra parte, Jean-Marc Ayrault, presidente del grupo socialista en el Congreso, se ganó los favores de un hemicycle mayoritariamente de derecha proclamando: “en estas circunstancias, las formaciones democráticas deben saber concebir un pacto de no agresión”.

No es menos cierto que muchos jóvenes de los barrios periféricos –y de Francia en general– están hoy totalmente desligados de las luchas emancipatorias del movimiento obrero francés y de la memoria de su pasado. La escuela no les enseñó nada sobre las resistencias de los pueblos del Sur, y menos aún lo hicieron los partidos y los sindicatos de izquierda. Pero lo que es aún más grave es que muchos militantes progresistas ignoran casi toda la historia y la actualidad de las resistencias de los barrios periféricos y de la inmigración en Francia. Estos movimientos asociativos, en ebullición, perturbadores, dispersos, son la expresión autoorganizada de las poblaciones de los barrios populares, en donde se mezclan franceses y extranjeros pobres que actúan juntos por una transformación progresista de la sociedad. Estas luchas surgen sin cesar en los barrios periféricos –alimentadas por las dificultades de las condiciones de vida y falta de trabajo, desencadenándose luego de cada “atropello” policial– aunque tengan dificultades para organizarse, estructurarse y unirse, y aunque resulten vulnerables a las ofensivas de recuperación, instrumentalización, y desvíos de sus energías.

Primeras experiencias organizativas de los inmigrantes africanos a partir de los años setenta

En Francia, la historia de las luchas de los habitantes de estos barrios recorta en parte las luchas de los inmigrantes. Esta hunde sus raíces, a partir de la crisis de los años setenta,



© Miguel Ángel Djanikian

en los combates llevados a cabo por los inmigrantes de la “primera generación” venidos del Sur, que se reunieron en grupos autónomos con el objeto de defender sus derechos e intereses en los lugares de trabajo o de residencia: *Etoile nord-africaine* (Estrella Nor-Africana), *Mouvement des Travailleurs arabes* (Movimiento de Trabajadores Arabes), *Maison des Travailleurs immigrés* (Casa de los Trabajadores Inmigrantes). Desde el comienzo de los setenta, las huelgas de hambre de los “sin papeles” (contra la Ley Marcelin) lograron miles de regularizaciones. En 1976, a pesar de una dura represión, las huelgas de los inquilinos y trabajadores de Sonacotra contra las condiciones de vivienda lamentables, y luego las luchas de familias enteras en las “ciudades de paso”, permitieron obtener nuevas viviendas.

Estas luchas se reforzaron en los años ochenta, frente a los efectos sociales devastadores del neoliberalismo y el ascenso del Frente Nacional, con la emergencia de los movimientos de jóvenes de los barrios periféricos y la inmigración de “segunda generación”.

En 1982 una serie de agresiones de carácter racista y de atropellos policiales provocó la creación, entre otras, de la *Association Gutenberg* (Asociación Gutenberg) en Nanterre, la cual contribuyó a coordinar las acciones de resistencia contra el racismo y las discriminaciones y a autoorganizar las luchas de los habitantes de los barrios populares.

Estos últimos se movilizaron poco a poco en torno de una multiplicidad de asociaciones y de iniciativas, sobre todo en la región parisina y lionesa. Este fue el caso luego de los enfrentamientos entre jóvenes y fuerzas del orden en Minguettes (Vénissieux) y del reclamo de "policía y justicia igual para todos" de otras tantas asociaciones barriales: *Zaama d'Banlieue* en Lyon, *Lignes parallèles* (Líneas Paralelas) en Vaulx-en-Velin; o en la periferia parisina, la *Association Wahid* (Asociación Wahid) y el *Collectif des Mères des victimes de crimes racistes et sécuritaires* (Colectivo de Madres de víctimas de crímenes racistas y policiales). El año 1983 es un punto de inflexión en este proceso: asociaciones de Minguettes (especialmente SOS Avenir) lanzan la iniciativa de una gran marcha pacífica "Por la igualdad de derechos y contra el racismo", que parte en octubre de Lyon y llega a París en diciembre, y reúne a más de 100 mil personas. El impacto de esta marcha fue enorme –con sus aspectos positivos, como la instauración del "permiso de residencia por diez años", y negativos, como lo fue particularmente la instauración, por parte del Partido Socialista, de una maquina de recuperación electoral de los movimientos de jóvenes de los barrios periféricos, y ante todo, de los jóvenes *beurs*⁵.

La ilustración más acabada de esta manipulación de las reivindicaciones de los jóvenes fue el nacimiento de la asociación *SOS Racisme* (SOS Racismo) en diciembre de 1984. Nacida en los salones presidenciales del Elysée⁶, esta asociación se benefició con un apoyo material considerable, además de los apoyos políticos de Matignon⁷ (Laurent Fabius), de la Juventud Socialista, de los medios (diarios *Libération* y *Le Matin*), de conocidos intelectuales y publicitarios. Le siguieron en este espíritu la creación de *France Plus* (1985), las subvenciones de *Radio Beur* y la *Amicale des Algériens*, la moda de la "ciudadanía" en torno de *Mémoire Fertile* (1987), y la promoción de lo que se puede llamar una *beurgéoisie*⁸.

El abismo se profundizaba irremediabilmente entre las asociaciones institucionalizadas (organizaciones de izquierda, anti-racistas, católicas) y los movimientos de los jóvenes de los barrios periféricos que trabajan haciendo frente a los problemas del día a día. Entre ellos, el *Collectif Jeunes* (Colectivo Jóvenes), creado a fines de 1983, se hizo conocer en la región parisina a través de acciones directas: ocupaciones (de grandes supermercados, de diarios, de un coloquio organizado por el MRAP y el PS), conferencias de prensa (en locales de la Prefectura de Policía de París), manifestaciones de solidaridad con obreros inmigrantes despedidos en conflicto con los dirigentes de la empresa y los sindicatos (de las fábricas automotrices *Talbot* de Poissy y *Renault* de Flins), marcando la ruptura defini-

tiva con el PS y el "anti-racismo de salón". Los diferentes movimientos sin embargo permanecieron aislados, reclusos en sus respectivas regiones, desarticulados unos de otros. La unidad no pudo llevarse a cabo en el encuentro *Assises nationales des jeunes des cités et de l'immigration* (Asambleas nacionales de los jóvenes de las ciudades y de la inmigración) que tuvo lugar en Bron en junio de 1984. Demasiados conflictos fraccionaron la dinámica del conjunto. Uno de los puntos de divergencia entre las asociaciones era su posición en relación a la defensa de jóvenes franceses o extranjeros que tenían causas judiciales, lo que constituía, por ejemplo, una parte del trabajo de *Convergence 84* (Convergencia 84), surgida del *Collectif Jeunes de Paris* (Colectivo Jóvenes de París), o de *Jeunes arabes de Lyon et banlieues* (JALB, Jóvenes Arabes de Lyon y de las periferias), tempranamente movilizados en 1985 contra el proyecto de la Ley Pasqua.

Los años noventa: "Primera, segunda, tercera generación: somos todos hijos de inmigrantes"⁹

Los años noventa estuvieron marcados por un nuevo impulso cobrado por las asociaciones y los comités de barrios que se organizaron un poco más, de manera autónoma, y sobre la base de reivindicaciones sociales y políticas, especialmente en los barrios periféricos de París (Les Mureaux, Nanterre, Mantes-la-Jolie, Goussainville, Vitry-sur-Seine, etc.) y en Lyon (Veénessieux, Vaulx-en-Velin, etc.). En París se constituyó un colectivo inter-barrios periféricos, *Résistance des Banlieues* (Resistencia de las Periferias), con el objetivo de ayudar a los habitantes en sus relaciones con la policía, la justicia, la gestión de los HLM¹⁰. Respalados por antiguos activistas del *Collectif Jeunes* (Colectivo Jóvenes), en los barrios periféricos surge y se organiza una nueva generación de militantes de las clases populares de origen inmigrante. Uno de los grupos más activos es el *Comité National contre la Double Peine* (CNDP) [Comité Nacional contra la Doble Pena], creado en 1990 en Ménilmontant (en el distrito 20 de París). Las ocupaciones de locales (de *SOS Racisme*, de la Prefectura de Policía, de aeropuertos), las huelgas de hambre y manifestaciones de apoyo a jóvenes precarios y condenados condujeron al cuestionamiento de una injusta ley represiva, la Ley Sapin de diciembre de 1991. En Lyon luego de las revueltas de Vaulx-en-Velin (1989-1990) desencadenadas por atropellos policiales se formó *Agora*, un comité contra las violencias policiales y las manifestaciones mediáticas en el barrio de Mas-du-Tareau. Su radicalidad militante trajo aparejada una larga serie de conflictos entre esta asociación y los poderes locales (prefectos, intendentes, Fondos de Acción Social, centros sociales), pero también un acercamiento al CNDP y a fracciones de movimientos anteriores, tanto parisinos (Gutenberg) como lioneses (Lignes Parallèles, JALB). El encuentro de *Assises nationales des Banlieues* de 1992 confirma esta convergencia de las dos asociaciones (y la ruptura con JALB, "satelizada" por los Verdes). De la misma manera que ellos habían irrumpido juntos en un coloquio sobre la ciudad (*Banlieue 89*) organizado en

Bron por el PS y presidido por el presidente François Mitterrand, sus militantes se comprometen en una serie de acciones de solidaridad en los barrios: “guardias jurídicas” con asistencia de abogados, apoyo escolar y ayudas en la búsqueda de empleo, entre otras. En las elecciones municipales de 1995, *Agora* y otras asociaciones se unieron para presentar una lista local, la *Choix vaudais*, que consiguió casi el 20% de los votos en Mas-du-Taureau, siguiendo el ejemplo de *Jeunes Objectif Bron* (1989).

El *Mouvement de l'Immigration et des Banlieues* (MIB, Movimiento de la Inmigración y de las Periferias), creado luego de una convención nacional de jóvenes que tuvo lugar en la *Bourse du Travail* (Bolsa de Trabajo) de Saint-Denis en mayo 1995, es producto de esta historia de luchas de los barrios periféricos. Este continúa la búsqueda por la autonomía y la participación de los habitantes de los barrios populares, intentando construir una relación de fuerzas que les sea lo menos desfavorable posible. Este movimiento intenta también reflexionar sobre los medios de resistencia a la alienación capitalista, con el objetivo de emancipar a los jóvenes de sus relaciones de odio y ambición frente a la sociedad de consumo. Los objetivos declarados del MIB consisten en apoyar y unir a los actores en lucha de los barrios periféricos (contra las discriminaciones, las agresiones racistas, las violencias policiales, la doble pena, la expulsión de los extranjeros, la lucha por la vivienda y el empleo, el respeto a la libertad de culto, por la participación activa de estas mismas poblaciones en la construcción de su futuro), y también en la formulación de una estrategia de acción y de representación política. De ahí el esfuerzo por restituir la memoria de las luchas de los barrios periféricos y de los inmigrantes, así como por resituar sistemáticamente los problemas encontrados en el contexto de las relaciones de fuerzas internacionales (explicación de la agravación sucesiva de la represión luego de la guerra del Golfo en 1991, de la Intifada, el cuadro de la “lucha contra el terrorismo” luego de los atentados del 11 de septiembre de 2001, la invasión a Irak en 2003, etcétera).

Izquierda e inmigración: premisas para un proyecto emancipatorio en Francia y en Europa

Evidentemente, las proposiciones deben ser formuladas de una manera lo suficientemente amplia como para permitir una articulación con las reivindicaciones de otros movimientos sociales en lucha constituidos en los años noventa, tales como la asociación *Droit au Logement* (DAL, Derecho a la Vivienda), creada en 1990 cuando se llevó a cabo la ocupación de viviendas en la Plaza de la Reunión (distrito 20 de París); el *Comité des Sans-Logis* (CDSL, Comité de los Sin Vivienda) creado en 1993 con el objeto de ayudar a las franjas sociales más pobres, precarias y aisladas; la asociación *Droits Devant!* (Derechos Adelante) creada en diciembre 1994; *Agir contre le chômage!* (ACI,

Actuar contra el Desempleo); el *Groupe d'Intervention et de Soutien aux Immigrés* (GISTI, Grupo de Intervención y de Apoyo a los Inmigrantes); el *Appel des "Sans"* (Llamado de los "Sin") lanzado el 20 de diciembre de 1995 durante las grandes huelgas de los trabajadores contra el neoliberalismo; el *Mouvement National des Chômeurs et des Précaires* (Movimiento Nacional de los Desocupados y de los Precarios); la *Association pour l'Emploi, l'Insertion et la Solidarité* (APEIS, Asociación por el Empleo, la Inserción y la Solidaridad), entre otras. Hacer converger las reivindicaciones de estos movimientos no resulta fácil, pero son varios los puntos de convergencia, como por ejemplo el del empleo.

En los barrios periféricos, muchos jóvenes, incluso los que cuentan con documentos de residencia en regla, no encuentran trabajo formal: la tasa de desempleo es superior al 20% entre ellos, y casi del 50% entre los de origen africano. Esto se explica, entre otros factores, por la persistencia de discriminaciones difusas y múltiples –sus demandas de empleo son dejadas de lado por el hecho de que provienen de un grupo social al cual los empleadores adjudican prejuicios negativos– pero también porque en el mercado de trabajo –tanto en Francia como en otros países capitalistas del Norte– la oferta de empleo clandestino es promovida de manera permanente según la conveniencia de los empresarios de la confección, de la hotelería, de los restaurantes, de la construcción, y vinculado a los flujos de inmigración clandestina casi constantes desde la implantación del neoliberalismo. Jóvenes "con documentos" (de identidad francesa o de residencia) y jóvenes "sin papeles" son de esta manera puestos en relaciones de competencia en la búsqueda de trabajo, en beneficio de los capitalistas. La represión, que se lleva a cabo muy raramente sobre estos últimos, se abate por el contrario particularmente sobre los trabajadores clandestinos, que sufren arrestos y son reenviados a las fronteras; los encierran en centros de retención, los expulsan del país, colocándolos en una relación de competencia con los nuevos inmigrantes clandestinos que entran a través de las filiales organizadas por el mismo capital.

Es tiempo ya de que la izquierda francesa manifieste su solidaridad con este subproletariado sobreexplotado, con estos jóvenes precarizados de los barrios periféricos. Si estos sectores populares de las ciudades no se constituyen en su base social, la izquierda no será jamás popular. El desafío de esta solidaridad con las reivindicaciones de los jóvenes de los barrios periféricos está ligada también con la necesidad de articular las luchas tradicionales de los trabajadores en Francia (sean estos de origen francés, de origen inmigrante o extranjeros) con otras fracciones de las clases populares: trabajadores precarios, desempleados, sin papeles, sin vivienda, sin derechos. Aquí hay sin lugar a dudas, para la izquierda francesa y para todos los progresistas, una oportunidad histórica de reconstruir posiciones de clase claras y un espíritu revolucionario e internacionalista de los pueblos. Habría que ser muy romántico y un poco ingenuo para creer que hoy las condiciones

objetivas y subjetivas de una transformación radical e inmediata de la sociedad francesa están dadas. No se trata de sugerir que estos jóvenes constituyen el relevo del proletariado anquilosado de los centros capitalistas o el reflejo de las periferias del Sur en ebu-



© Miguel Ángel Djanikian

llición. No se trata tampoco de negar que muchos de estos jóvenes aspiran simplemente a acceder a la sociedad de consumo y a elevarse en la escala social de la sociedad capitalista. No se trata de ocultar el hecho de que entre ellos hay algunos que no tienen otro objetivo que la destrucción (devolver golpe por golpe) de una sociedad inocua y represiva que los excluye. No se trata de idealizar las reivindicaciones –cuando las hay– de estas revueltas, y menos aún de justificar estas formas de violencia (por otra parte, casi todas dirigidas contra los propios habitantes de los mismos barrios periféricos). Pero incluso si estos jóvenes rebeldes no forman partidos, si suscitan aun desconfianza y una cierta inquietud en el resto del país, la izquierda debe ver en ellos, más que un reservorio de votos en vistas a las próximas elecciones, a sus aliados para la necesaria transformación progresista, social y democrática de Francia.

Notas

1 N. del T.: *Kärcher* es la marca de una hidrolavadora utilizada en la limpieza de las calles.

2 N. del T.: Presidente del Frente Nacional (FN), partido emblema de la extrema derecha fascista en Francia.

3 N. del T.: *Organisation de l'Armée Secrète* (Organización del Ejército Secreto). Creada en 1956, la OAS reunió a militares y civiles de extrema derecha francesa que se oponía a la independencia de Argelia.

4 N. del T.: Poeta, escritor, intelectual y activista negro nacido en 1913 en en la isla de Martinica. A través de su obra escrita y su militancia política, Césaire denunció el modelo colonial francés y luchó, más allá de la opresión racial, por un humanismo activo y concreto a favor de todas/os las/os oprimidas/os del mundo. Entre sus ensayos más conocidos cabe destacar *Discours sur le colonialisme*.

5 N. del T.: Significa árabe, y refiere a los inmigrantes de segunda generación nacidos y residentes en Francia e hijos de padres de origen magrebí.

6 N. del T.: Nombre del palacio-sede del Presidente de la República Francesa.

7 N. del T.: Nombre del palacio-sede del Primer Ministro francés.

8 N. del T.: Se trata de la combinación de dos términos: *beur*, árabe, y *bourgeoisie*, burguesía. Refiere al surgimiento de una élite *beur* asociada al poder de los partidos que controlan el sistema político francés.

9 N. del T.: Consigna cantada por las organizaciones sociales durante las manifestaciones antirracistas y en defensa de los inmigrantes.

10 N. del T.: Las siglas HLM corresponden a *Habitation à Loyer Modéré*, que son complejos habitacionales populares construidos con fondos públicos adjudicados teóricamente a personas que tienen un nivel de ingreso bajo.